

PSICOKILLERS

PSICOKILLERS

Perfiles de los asesinos en serie más
famosos de la historia

JUAN ANTONIO CEBRIÁN



Colección: Investigación abierta
www.nowtilus.com

Título: Psicokillers

Subtítulo: Perfiles de los asesinos en serie más famosos de la historia

Autor: Juan Antonio Cebrián

© 2007 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz

Ilustraciones: Josué Maguiña Sánchez

Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-692-6

*Este libro está dedicado a mis hermanos
y compañeros de la Tertulia Zona Cero:
Carlos Canales, Jesús Callejo y Bruno Cardenosa,
con ellos sería capaz de explorar
el misterioso infinito y aún más allá.*

Índice

Introducción	11
John Ketch	
El verdugo cruel	17
Catherine Hayes	
La cabeza misteriosa	27
Burke y Hare	
Ladrones de cadáveres	39
Alexandre Pearce	
Un canibal irlandés en Australia	57
John Wesley Harding	
Cuando la muerte se instaló en el Oeste	71
Brynhylde Paulsetter Sorenson	
Belle Gunnes, la viuda negra	83
Jeanne Weber	
La estranguladora de París	97

Henry Desideré Landru	
Un Barba Azul seductor de viudas	109
Fritz Haarmann	
El carnicero de Hannover	125
Peter Kürten	
El vampiro de Düsseldorf	137
Albert H. Fish	
El ogro de Nueva York	149
Ed Gein	
La mansión de los horrores	167
Ted Bundy	
El depredador de Seattle	178
Daniel Camargo	
La bestia de los Andes	193
Chikatilo	
La bestia de Rostov	201
Apéndice	
Los otros	219
Bibliografías para saber más	251
Páginas web sobre asesinos	253

Introducción

Bienvenidos queridos lectores a mi quinta obra literaria. Como pueden comprobar, y si no utilizan la imaginación, me encuentro escribiendo estas líneas desde mi despacho estilo victoriano. Sí, ya sé que está algo vetusto y recargado, pero créanme que estos detalles son los que más me gustan. Acabo de apagar el enésimo cigarrillo, luego pasaré a la pipa, pero antes déjenme que les confiese que este es sin duda el libro más extraño al que me he enfrentado.

Todo sucedió en una mañana de hace algunos meses, recuerdo que ese día la temperatura había bajado ostensiblemente, me levanté tarde como siempre, y tras haber pasado la hora de rigor en el baño bajé las escaleras que conducían desde mi dormitorio hasta la cocina –lo mejor para inaugurar una jornada es desayunar a placer lo que

el cuerpo pida—. Sin embargo, esa mañana fue distinta, algo estaba a punto de ocurrir y yo permanecía ajeno a ello dando buena cuenta de una tostada cubierta por mermelada de melocotón. Justo en el momento de hincar el diente sobre el pan sonó el teléfono —mi reacción y los improperios que solté será mejor que me los reserve—, cogí el auricular dispuesto a proclamar mi sed de venganza, pero la voz que llegó del otro lado calmó cualquier impulso criminal. Sí amigos, era él, con su voz profunda y entrañable, era él, mi querido amigo Fernando Jiménez del Oso. Este es un extracto de la conversación que se produjo entre los dos:

Fernando: Hola Juan Antonio, ¿te interrumpo?

Juan Antonio: No, no, ¡que alegría!, ¿cómo estás querido Fernando?

F.: Bien. Te llamó porque se me ha ocurrido una cosa.

J.A.: ¿Ah, sí?, ¿y qué es ello? —dije con la habitual ironía simpática utilizada en nuestras conversaciones.

F.: Pues que escribas un libro para una colección que estoy preparando.

J.A.: Pero Fernando, un libro, me pillas muy mal, estoy terminando la Cruzada del Sur y me tengo que poner con la segunda entrega de Pasajes de la Historia. Estoy muy agobiado, no me hagas esto.

F.: Ya, pero a mí me gustaría.

J.A.: Y si aceptara ¿qué temática abordaríamos?

F.: No sé, algo de eso que tú haces sobre los psicópatas asesinos. ¿Qué te parece?

J.A.: Bien, pero ten en cuenta que son personajes muy complicados y que será difícil plasmar en papel todo lo que soy capaz de contar verbalmente en la radio.

F: Estoy convencido que tú lo harás muy bien, de ahí mi llamada. ¿Puedo contar contigo?

J.A.: Sí, Fernando sí, eres único para hacerme entender qué es lo mejor para mí. Cuenta conmigo. ¿Algo más?

F: Nada más, solo haz lo que tú sabes hacer y entrégalo rápido que Santos, el editor, tiene prisa.

J.A.: Pero si te acabó de decir que sí, cómo puede ser que tenga prisa.

F: Es que le dije que ibas a decir que sí, ¿me perdonas?

Desde luego que las dotes de seducción de mi amigo Fernando son innatas y poco explotadas, pero conmigo siempre han funcionado. Con presteza prusiana comencé a seleccionar a los especímenes adecuados para confeccionar este trabajo.

Como saben buena parte de los lectores, dirijo hace unos años un programa de radio cuyo nombre es *La Rosa de los Vientos*. En la temporada 2001-2002 aparecieron los *Pasajes del Terror*, hijos ilegítimos y oscuros de los *Pasajes de la Historia*, si no recuerdo mal conté vida y crímenes de treinta y cuatro psicópatas asesinos. La sección fue un auténtico éxito de audiencia con casi trescientos mil oyentes en la noche de los martes. Este espacio se convirtió sin pretenderlo en un lugar de culto para los aficionados al género: caníbales, destripadores, ogros, bestias infernales, estranguladores y sangre, sobre todo mucha sangre, personajes de difícil evaluación. Las mentes más perversas engendradas por humanos. Un cóctel explosivo que saborearon los aterrorizados oyentes nocturnos de onda cero.

He seleccionado quince perfiles que no le dejarán indiferente en su butaca del salón. Por favor procure leer este

libro con luz tenue y siempre a solas, lea con detenimiento, disfrute de cada página, notará como al poco algunas sombras empiezan a introducirse por las habitaciones de su casa, no se preocupe, son ellos, y ya no pueden hacer daño a nadie, han pagado sus culpas terrenas en el infierno y ahora sienten curiosidad por todo lo que se escribe o se habla sobre ellos. En el fondo no eran tan malos, pero las circunstancias, las humillaciones, las provocaciones los impulsaron a cometer toda suerte de actos delictivos. Eran psicópatas, pero no enfermos mentales, siempre supieron discernir entre el bien y el mal. ¿Por qué eligieron el lado oscuro de la vida?, supongo que este libro ofrece algunas claves para entender su comportamiento anómalo y antisocial, y si conocemos al enemigo tendremos la oportunidad de combatirlo.

Dicen los expertos en criminología que la infancia es sumamente importante a la hora de moldear nuestra personalidad; según esas mismas investigaciones, existe una tríada homicida que con frecuencia aparece en las pautas de conducta de los niños candidatos a psychokillers. Lo primero sería la micción nocturna en la cama hasta más allá de los doce años, lo segundo la obsesión por infringir daños a los animales domésticos o a los amiguitos y por último una gran atracción hacia el fuego. Como ven son asuntos que todos hemos vivido más o menos de cerca, porque ¿quién no ha provocado alguna vez un pequeño incendio?, ¿quién no ha clavado una mariposa en un cartón o ha metido insectos destripados en un frasco?, ¿quién no se ha hecho pipi alguna vez de pequeño? ¡Caramba!, intuía que usted está en el grupo. No se sienta culpable, a veces estos pronósticos fallan, no necesariamente tiene que ser un psicópata por cumplir algunos de

los requisitos establecidos. Ahora déjenme que atienda una visita inesperada, qué raro, quién podrá llamar a la puerta a estas horas de la madrugada, pero si es Santos, el editor, a lo mejor se ha enfadado porque no entregué el libro a tiempo:

J.A.: Hola Santos, ¿qué haces por aquí? Demonios que mal aspecto presentas, tienes los ojos inyectados en sangre y ese cuchillo. ¡Dios mío!, no lo hagas Santos, piensa en Nowtilus. No, Santos, no...



John Ketch
Inglaterra, (1630 - 1686)

EL VERDUGO CRUEL

Número de víctimas: De 100 a 300 ejecuciones legales.

Frase favorita de Ketch: *“Yo soy el mejor remedio para curar el mal de traición, limpiaré Inglaterra de traidores”.*

Durante siglos los verdugos han ejecutado su lúgubre trabajo con la complacencia de una dudosa legalidad. Han sido cientos de miles las víctimas de estos personajes de variado pelaje. Diríase, observando la biografía de alguno de ellos que, posiblemente, nos encontremos ante el perfil de un psicópata. No olvidemos, y en este libro los conoceremos un poco más, que los psicópatas no son, en contra de lo que se pueda pensar, enfermos mentales. El psicópata sabe discernir perfectamente entre el bien y el mal, por eso disfruta mucho más con la consumación de sus terribles actuaciones. En efecto, estos seres abominables son los más peligrosos del catálogo criminal, auténticos embajadores del infierno en la tierra. Sus fechorías, por inusitadas y crueles, conmovieron a la sociedad que los padeció en diferentes épocas.

Richard Jacquet es un fiel ejemplo de ello, su perfil psicológico sin duda cumple los cánones más escrupulosos de la psicopatía universal. Su solo recuerdo hoy en día en el Reino Unido sigue aterrorizando a jóvenes y mayores, los cuales denuncian ante los tribunales a todo aquél que se arriesgue a insultarles llamándolos con cualquier nombre por el que se conoce al verdugo más sanguinario de Inglaterra, en ese sentido: “John o Jack Ketch”, “Jack Catch” o el mismo “Richard Jacquet” son insultos considerados más gruesos y humillantes que otros exabruptos comúnmente utilizados. En 1926 un tribunal británico condenó por difamación a un ciudadano que había llamado a otro simplemente “Jack Ketch”, eso fue suficiente para que el juez lo condenara a una multa seguida de un pequeño escarmiento popular que consistió en arrojar a un estanque al difamador.

Existiendo en la historia miles de verdugos ¿por qué se hizo tan conocido Richard Jacquet? Momento es para descubrir su horrenda existencia teñida por la sangre de un número indeterminado de pobres ajusticiados. Nunca sabremos cuántos.

Las primeras noticias sobre Richard Jacquet se producen en 1663, hasta entonces nada se supo sobre este hombre marcado por un peculiar aspecto físico. Su cuerpo era diminuto y, en consecuencia, de escaso peso, el rostro horadado por la viruela no disimulaba el odio visceral que manaba de los vivaces ojillos de Jacquet. Sí amigos, Richard odiaba a la humanidad y eso no hay que perderlo de vista. Su pequeño tamaño y las huellas que la enfermedad había dejado en él, provocaban sin duda un pésimo sentimiento hacia esos congéneres que, a buen seguro, se habían mofado de él en la infancia y juventud.



En una época donde religión y superstición iban de la mano, John Ketch se convirtió en un asesino cruel, de quien ni siquiera las brujas con sus supuestas “artes mágicas” pudieron escapar.

El enano Richard comenzó en ese tiempo de su vida a gestar inconscientemente una particular venganza contra la sociedad que le repudiaba. No es de extrañar que se empleara como verdugo de alquiler para realizar algunos trabajillos sin importancia.

En el siglo XVII era muy frecuente que pueblos y ciudades contrataran los servicios de verdugos para los castigos de baja monta: narices amputadas, orejas sesgadas, lenguas arrancadas de cuajo, latigazos y azotes componían la macabra oferta de unos hombres acostumbrados a la sangre y el horror. El oficio de verdugo, como es obvio, estaba mal visto, no obstante, muchos marginales vivían espléndidamente a costa del sufrimiento ajeno. Pocos deseaban pasar a la historia como asesinos, sin embargo, en estos siglos de oprobio algunas familias



El hacha fue la herramienta de trabajo preferida de John Ketch. Dada su baja estatura, jamás la utilizó con facilidad para desgracia de los condenados.

europas implantaron en su seno la tradición de matar legalmente. Tenemos casos extendidos por buena parte de la geografía europea: Francia, Italia, Alemania o la propia Inglaterra pagaron magníficas sumas a estos negros linajes, lo que les permitió vivir por encima de la media y eso, en el siglo XVII, era vivir muy bien. Además de este importante factor económico, también existía la parte de espectáculo que cada verdugo aportaba.

En el siglo XVII los reos condenados a muerte eran ejecutados siguiendo curiosas y diferentes parafernalias: decapitación, tortura, ahorcamiento, —tengamos en cuenta que los que morían lo hacían por traición a la corona, asesinato, robo...—; es decir, hechos supuestamente terribles que merecían el más severo castigo a fin de ejemplificar en aras a mantener un estricto orden



En aquella época, hombres lobo, brujas y otros seres supuestamente infernales eran los candiatos propicios para pasar bajo la hoja del despiadado Ketch.

social. Por tanto, cuánto más vistosa fuera la ejecución, mayor ejemplo se daba a la sociedad sobre la fortaleza del sistema.

Richard Jacquet desde 1663 se convirtió en el arma más mortífera del gobierno inglés. Sus escandalosas ejecuciones recorrieron el país durante más de veinte años. Los cadalsos donde actuaba eran los más frecuentados por el populacho, nadie se quería perder las payasadas de aquel enano tan sádico y odioso.

En los días previos a la ejecución se podía ver a Richard paseando por las calles de la ciudad que le había contratado anunciando “el distinguido evento”. A Jacquet le gustaba la música, él mismo componía dulces cancioncillas donde contaba con profusión las lindezas que iba a cometer próximamente. Se podían escuchar

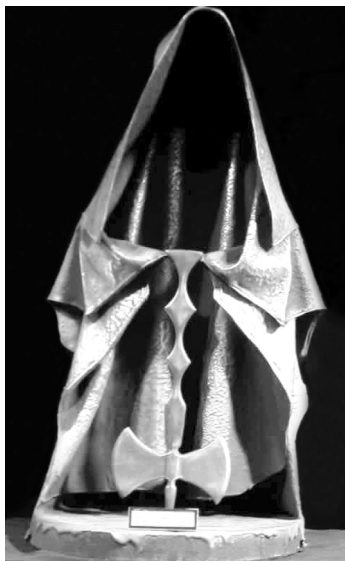
estrofas como esta: “oídmme, ha llegado la mejor medicina para la traición, soy John Ketch, el que limpia de traidores a nuestra querida Inglaterra”. Así cantaba mientras distraía a la concurrencia con volteretas y saltitos grotescos. No me nieguen que, al margen de las vísceras, era todo un showman.

Cuando llegaba el momento de la verdad, el verdugo pequeñito se enfundaba en unas ajustadísimas mayas negras que solo dejaban al descubierto la reducida cabeza salpicada de viruela. Los condenados contemplaban estupefactos a su futuro ejecutor; sospecho que, más de uno, se fue al otro mundo con una agria mueca de diversión. Y es que no era para menos. La multitud presa del delirio aplaudía cualquier gesto de Richard, este les mostraba sus hachas, cuchillos y cuerdas, utensilios imprescindibles para consumir aquella salvajada. Situaba por ejemplo el filo del hacha sobre la nuca o cuello del condenado sin llegar a cortar la carne, luego se dirigía al vulgo como si aquello fuera un mitin político, el acto se podía prolongar todo lo que el capricho de Jacquet quisiera. Finalmente, con el visto bueno de las autoridades allí presentes, terminaba la sangrienta faena, y esto último llegó a ser un molesto problema, dado que como hemos advertido, Richard Jacquet o John Ketch, no era precisamente una mole humana, sino, todo lo contrario, este asunto fue penoso, pues su pequeño tamaño le impedía asestar golpes de hacha certeros. Por si fuera poco, sus armas no eran de buena calidad, muchas de ellas se encontraban melladas por el mal uso, y eso impedía un correcto afilado. Se pueden ustedes imaginar lo dantesco de aquellas ejecuciones y lo mal que lo debieron pasar los condenados que caían en manos del diminuto verdugo.

Aún así, nuestro personaje consiguió la popularidad necesaria para trabajar sin descanso durante algunos años. Pero a todo cerdo le llega su San Martín.

En 1679 Richard Jacquet alcanzó la cúspide de su infernal gloria cuando masacró en una sola jornada a 30 hombres condenados por traición. Lo hizo sin ayuda, provocando consternación y odio entre los asistentes, los cuales ya no reían las gracias de aquel psicópata convencido. En esos años John Ketch –recordemos que este era su nombre artístico– había diezmado la población de brujas, conspiradores y delincuentes de Inglaterra. Los hierros candentes, las sogas y el acero integraban su especial elenco del horror. Además, su afán por amasar fortuna lo impulsaba a cometer todo tipo de expolios sobre las víctimas llegando a robar los ropajes y las escasas joyas que portaban en ese instante final de sus vidas. John Ketch era un auténtico carroñero humano.

En 1683 aconteció una de sus más famosas anécdotas. En ese año, Lord Russell había sido condenado a muerte por diseñar un plan para secuestrar al rey Carlos II. Conocedor de la terrible fama que rodeaba al patético verdugo, ajustó un precio con este para que realizase el trabajo con precisión quirúrgica. Qué nadie se extrañe, pues esto era práctica habitual en aquella época donde las cabezas nobles rodaban por doquier. En consecuencia, el Lord británico indicó a su secretario particular que entregase a Jacquet diez guineas si el resultado era el convenido. El verdugo cruel aceptó el difícil reto de cortar limpiamente a cambio del dinero. Sin embargo, todo falló una vez más, y tras dar el primer hachazo la cabeza siguió unida al cuerpo de Lord Russell. Este movido por la eterna flema inglesa, volvió su rostro para espetar irónica-



Sin lugar a dudas, todos quienes han oído el nombre de John Ketch, tienen guardada en la memoria la terrible imagen del hacha desdentada, cayendo sobre la víctima.

mente al enano: “Oye, cabrón, ¿te he dado diez guineas para que me trates tan inhumanamente?”. Jacquet, sonrojado por la humillación del mal trabajo, tuvo que golpear tres veces más hasta conseguir separar la cabeza del tronco. Fue horrible y sangriento. Casos como este se repitieron constantemente en la vida de Richard Jacquet. En 1685 el duque de Monmouth ofreció seis guineas a Jacquet por idéntico esfuerzo, en esta ocasión fue peor, dado que el noble recibió cinco hachazos y, finalmente, su cuello tuvo que ser cortado con un cuchillo. John Ketch estaba tocando fondo, pocos querían contratarlo y su afición a la bebida le mantenía borracho la mayor parte de los días. En 1686 fue a la cárcel por una deuda; cuando salió del presidio lo celebró matando a golpes a una prostituta, lo que motivó su condena a muerte en

noviembre de ese mismo año. El ahorcamiento de Jacquet fue lamentable como su vida. Su escaso peso hizo que estuviera pataleando durante diez minutos hasta morir. Nadie lloró por él, y ahora le sufren en el infierno.